

Transiciones de modelos productivos: procesos y conflictividad

(Productive model transitions: processes and conflict)

Debate

Moderadora: Enriqueta Sesmero. Eusko Ikaskuntza. Bilbao

Norberto Ibáñez: En primer lugar, agradecer [a José Antonio Egido] tu intervención; me ha parecido muy interesante. Hacía tiempo que no escuchaba una cita de James Petras, que me parece uno de los investigadores más interesantes de ese grupo que vemos en Estados Unidos con [Noam] Chomsky, *The Monthly Review*, y aquella época. Con respecto a [Robert] Castel, es importante incluirlo porque analiza un proceso histórico, del siglo XX, de la perspectiva de cómo se valoran la exclusión e integración sociales desde el punto de vista del mundo del trabajo. Su visión tiene tres facetas: los excluidos, los medianamente integrados, los integrados; de alguna manera definen perfectamente lo que puede ser una sociedad industrial en crisis, cómo afecta ésta a la población. Hecha esta consideración previa, querría preguntarte cómo ha afectado al mundo sindical, cómo lo ha desvertebrado, el hundimiento de grandes empresas públicas, donde ciertos sindicatos, como Comisiones [Obreras, CC.OO.] o UGT [Unión General de Trabajadores], tenían bastante fuerza; y en qué medida esto puede conllevar un cambio en el sindicalismo.

José Antonio Egido: Manuel Castells y Robert Castel son muy interesantes. Lo que tú me decías ha sido un motivo de preocupación en las investigaciones que hice y que estoy haciendo. Una de ellas fue una entrevista con un miembro de la ejecutiva de Comisiones Obreras del País Vasco, Paco Blanco, de Bilbao, que tiene una responsabilidad en la ejecutiva; y le hice exactamente esa misma pregunta: cómo ha desvertebrado la base social del sindicato el hecho de la destrucción, o por lo menos la reducción muy radical, de la clase obrera industrial tradicional, y le hice una pregunta parecida al alcalde de Barakaldo, acomodándola a que su electorado, el del Partido Socialista [Obrero Español, PSOE], se nutría de esa misma clase social; a ver si en los dos casos se había producido un cambio: una reducción de su base, en un caso electoral, militante, y en el otro de afiliación sindical. Me encontré con la sorpresa de que ambos me negaron la influencia. Reconocían que puntualmente habían perdido afiliación, y militancia y electorado -vamos a centrarnos en el aspecto sindical-, pero que eso se ha superado con la afiliación de nuevos sectores. Mi segunda comunicación va a tratar sobre que las grandes empresas, las grandes fortalezas obreras, han desaparecido; el tejido socioeconómico, industrial, se ha modificado radicalmente; y, junto a ello, los cambios tecnológicos en las formas y medios de producción han hecho que emerjan nuevos sectores que, como dice un profesor de Sociología de la Universidad de Paris VII, Pierre Fougeyrollas, están tan desprovistos y alienados con respecto al capital y la fuerza de trabajo como los obreros que analizó Marx hace 150 años, sólo que son una clase trabajadora muy bien formada, altamente instruida, en algunos casos con una remuneración elevada, que viene en parte a sustituir a esa vieja clase trabajadora industrial. Ese responsable sindical me respondía que también esos sectores se han incorporado a su sindicato, y que muchas veces quienes plantean conflictos no son ya el obrero tradicional de buzo, el peonaje, el oficial, los maestros, sino estos obreros de nuevo cuño de la nueva industrialización: trabajadores de los servicios, de la informática, de los servicios de empresas, ingenieros, etc., altamente cualificados pero que también se ven desprovistos y afectados en sus intereses sociales y laborales por la contradicción que hay entre capital y trabajo, que no ha sido resuelta. Ésa es la respuesta que Paco Blanco me dio. La respuesta del alcalde de Barakaldo fue que ellos, en función de lo que hacen, siguen teniendo votos; que la desaparición de ese núcleo social no ha hecho que se modifiquen radicalmente ni la base social, ni la bolsa social que está detrás, en este caso, de CC.OO. y el PSOE.

Gonzalo Dúo: Creo que hay casos en que esto se ve claramente, como en la representación, muy merecida, que tiene CC.OO. en Función Pública, ¡quién lo diría!

Enriqueta Sesmero: Una acotación muy al margen, que me viene a la memoria hablando de la cuestión de Náutica: que en el siglo XIX también hubo sectores de profesionales libera-

les en ascenso (abogados, profesores, médicos, farmacéuticos, etc.) que estaban planteando unas conflictividades laborales muy intensas, aunque fuera a nivel local, que prácticamente no han sido estudiadas porque han quedado oscurecidas por el movimiento obrero per se.

Eduardo Alonso: Una reflexión, a ver si el sociólogo puede aclarárnosla. ¿Puede darse el caso de que la tradicional lucha de clases, la convencional, de enfrentamiento entre burgués y obrero industrial, haya sido sustituida, en un proceso de evolución y consolidación estructural de los contendientes, por una lucha de estructuras? Me explico. Los sindicatos, ahora, orgánicamente están reconocidos por la Constitución, viven en gran parte de los presupuestos generales del Estado. ¿Hasta qué punto los conflictos que podemos llamar de lucha de clases no enmascaran un conflicto de estructuras de poder en los sindicatos, al igual que en los partidos políticos como tales? Prescindiendo de que luego se utilice de forma más o menos honesta -cada uno es como es- el discurso de “no vamos a proteger al pueblo trabajador, vamos a proteger a los parados”, cuando realmente se ventilan otros conflictos.

José Antonio Egido: Tú vendrías a preguntar si esa lucha de estructuras fuerza, de una manera más o menos artificial, la existencia de conflictos.

Eduardo Alonso: Sí, ése es el sentido.

José Antonio Egido: Quizá un aspecto un poco flojo de lo que yo he elaborado aquí, y que sería merecedor de un análisis más riguroso, sea la intervención de los sindicatos en estas formas nuevas, o viejas, de lucha de clases. Aquí no me he centrado mucho. Sí he observado que, indiscutiblemente, es un elemento a tener en cuenta, porque hay conflictos donde los sindicatos tienen una parte importante en la representación de los trabajadores, de interlocución con la empresa, pero existen otros donde no aparecen claramente los sindicatos: los derivados de lo que se llama la “fase neoliberal” del capitalismo, en la que estamos, de la reestructuración. Por ejemplo, un sector muy proclive a manifestar formas de conflicto son los trabajadores de limpieza y de contratas; también, aquéllos donde se ha producido la externalización de los servicios y de las prestaciones que daban antes las empresas con su plantilla en sí. Lo que se produce es una baja de la tasa de ganancias tradicional de la plantilla de las empresas, que se resuelve a través de la externalización. Por tanto, no creo que los sindicatos vayan, en estos momentos, liderando un movimiento de enfrentamiento, sino que intentan más bien reconducir, liderar o representar una situación de conflicto que se produce a veces, como era antes, de manera defensiva; es decir, cuando está en juego la supervivencia del puesto de trabajo. Es el caso, hoy claro, de “Mecánica de la Peña” en Urdúliz, de la “Babcock & Wilcox” y de “La Naval”. Existen otros conflictos donde no hay ese problema sino, yo creo, una alta conciencia social. Es claro en “Petronor”, donde el eje central no es ni la reivindicación salarial ni la lucha por la supervivencia del puesto de trabajo: es una empresa a la que le va muy bien. Los conflictos giran en torno a la exigencia de la plantilla de que se abra la contratación a nuevas personas porque la producción lo exige, hay facturación suficiente y alto nivel de producción. “Petronor” es un caso curioso de estas nuevas formas de lucha de clases, a veces defensiva y a veces más social de la que existía antes.

Una cosa que no he llegado a analizar con detalle es, en cada uno de los casos, cómo intervienen los militantes sindicales. Pregunté a Paco Blanco con respecto a la caída de las huelgas y de las personas implicadas en ellas. Su opinión era que estamos en un momento en que las empresas ganan mucho dinero, pero en que se sale de un proceso muy traumático para la conciencia de la clase trabajadora, porque se han perdido muchos miles de puestos de trabajo. Ha habido un gran traumatismo social, muy justificado: cotejas esos puestos con las personas que luego reciben el IMI [*Ingreso Mínimo de Integración*], los sala-

rios de pobreza, con el desempleo, y realmente tenía mucha base. En los trabajadores existe, según este responsable sindical, la conciencia de una cierta parálisis, de un cierto miedo, cuando ahora, en un momento expansivo de la economía, los sindicatos quisieran que eso se tradujese en una posición un poco más agresiva a la hora de negociar los convenios, exigir subidas salariales, aumentos de las contrataciones, etc. Manifestaba que, a pesar del deseo de los sindicatos -en su caso, CC.OO.-, se ha extendido en la clase trabajadora el miedo al paro, lo cual es una gran victoria de la patronal, por cierto, y paraliza las huelgas. No te respondo totalmente porque yo no he investigado; y mis profesores me han dicho: "Usted, de lo que no ha investigado, mejor no hable", y yo me atengo a eso [rie].

Gonzalo Dúo: Se ha afirmado que los esquemas que teníamos hace treinta y cinco años pueden ser las causas de la revuelta del proletariado. Hoy en día puede resultar curioso, pero en Función Pública del País Vasco, CC.OO. es un pilar sindical muy importante y quizás -desde mi punto de vista, claro- la más luchadora; y en el aspecto que has señalado ahora, está clarísimo también: en un momento de solidez económica como se está viviendo desde hace unos pocos años, hay pánico en la clase trabajadora a reivindicar más del gran pastel, aunque está comiendo muy poco del que se está cocinando; y esto es muy interesante.

Mikel Aizpuru: Yo querría lamentar la falta de José Ángel Echániz, porque la comunicación me ha interesado y tendría alguna pregunta que hacerle; pero puesto que José Antonio Egido se ha convertido en "estrella", le voy a hacer otro comentario. Estoy bastante de acuerdo con la descripción que has hecho de la situación del área metropolitana de Bilbao; pero plantearía dos cuestiones en las que veo necesaria la matización. Por un lado, si hay un cambio radical en la estructura laboral del área, y no solamente de la sociedad postindustrial del mundo occidental en general, mantener conceptos propios de esa sociedad industrial superada puede llevar al equívoco. Aquí el término "lucha de clases" no me gusta demasiado; y entender las reivindicaciones de los pequeños comerciantes de Abandoibarra y al mismo tiempo las asambleas de parados como lucha de clases no explica demasiado, pues utilizamos este concepto para realidades que yo entiendo que son diferentes. Eso, por un lado: si hay un cambio de la estructura, el cambio de lenguaje en alguna medida es necesario. En segundo lugar -lo decía [Pere] Gabriel esta mañana-, en la historiografía, como mínimo, venimos de unos años 70 en los cuales se hacía mucha historia del movimiento obrero y daba la impresión de que todos los obreros estaban dentro de él y todo él luchaba, cuando, desgraciadamente, eso no ha sido así: luchaba en determinadas coyunturas, generalmente, como bien has indicado, cuando eran buenas; son luchas de tipo reactivo, defensivo. En esa nueva realidad, en la que, como has dicho, se plantean conflictos, haría falta una cuantificación. Me da la impresión de que las asambleas de parados reúnen a muy poca gente, mientras que la forma más "reaccionaria" de salir del paro es la individual; es una forma más eficaz de conseguir trabajo, dejando las ideologías a un lado. Cuando se habla de estas asambleas hay que ver cuántas existen y cuánta gente son capaces de reunir; y en qué medida cuando una persona que está en una de esas asambleas sale de la condición de parado continúa con esa solidaridad o sociabilidad que apuntabas. Lo mismo sucede en cuanto a vecinos movilizados contra la contaminación. Evidentemente, si vives en una urbanización de las afueras de Getxo o de Rentería no te gustan los olores ni los gases peligrosos que puedan surgir; pero si vives en una urbanización significa que tienes un nivel de vida bastante alto, que no es precisamente el de los de Beraun. Englobar esas realidades diferentes en una misma explicación no me convence demasiado.

José Antonio Pérez: Mi comentario va en la misma línea que el de Mikel. Por una parte, me parece que para tí, por lo que deduzco de tu intervención, esa transformación arranca

-por lo menos sufre su fractura más importante- con la reconversión. Yo creo que es un proceso que se viene produciendo desde los años sesenta; y que ese proceso, que tú no has dicho pero que se deja entrever, de esa cierta moderación en las actitudes reivindicativas de los trabajadores procede de la propia transformación social que se opera en España y en el País Vasco a lo largo de los años finales de los 50 y en los 60 y 70. Sí alguna vez han comentado Santos Julià o [Juan Pablo] Fusi o Paul Preston que resulta imposible comparar las actitudes reivindicativas, porque tampoco las condiciones sociales, económicas, de vida en general lo eran entre los trabajadores de los años 20 y 30 y los de los 60 y 70; y de ahí, aparte de otra serie de matices políticos, deducen que se está produciendo, sí, una cierta moderación en las actitudes de los trabajadores, porque en la medida en que acceden a un determinado puesto, a determinados niveles de consumo, bienestar o incluso propiedad -me refiero especialmente a la vivienda-, algo impensable en los años 20 ó 30, moderan el nivel de sus protestas. Creo que ese proceso se da ya desde los años 60. Además, la incorporación de otra serie de grupos sociales e incluso de gente intelectualmente preparada, universitarios, etc., se produce también en esa época. No hay que olvidar que la incorporación a las protestas de los profesores no numerarios, de otros grupos con una formación intelectual, cultural, y con un estatus muy diferentes al de los trabajadores, procede de ese momento.

Con respecto a lo que has dicho, coincido con Mikel en que esos ámbitos de sociabilidad que se forman, como las asambleas de parados que has citado, son muy limitados, al menos en su acción colectiva. Seguramente la marcha en favor del empleo, la Carta de los Derechos Sociales, sea la explosión más grande que ha podido haber en ese momento, con todo lo reducida que ha sido; han podido ser importantes la recogida de las 80.000 firmas y el movimiento que ha generado, pero después la movilización, cómo se lleva a cabo eso en la calle, es bastante limitada. Incluso me cuesta imbricar esa serie de protestas en diferentes ámbitos, como las vecinales, dentro de un movimiento de protesta donde la frontera de clase parece bastante clara.

Xabier Alberdi: Simplemente querría apuntar una experiencia vital. Yo estuve unos diez años trabajando en "Astilleros Luzuriaga", aquí en Pasaia; y sucedía lo que comentabas tú: ¿de qué estamos hablando al tratar de "clase obrera"? Había al menos cuatro grupos: los especialistas peones, los oficiales, los encargados y los empleados de las oficinas. Eran los especialistas peones, generalmente, quienes de alguna manera con el empresario más llegaban a acuerdos; de alguna forma amortiguaban todo ellos, los más bajos.

En cuanto a si las nuevas asambleas de parados fundamentalmente sirven para forjar una identidad: yo tenía el desempleo; fui al INEM [*Instituto Nacional de Empleo*] y comentaron que había una asamblea de parados, y allí que fui. Era una habitación la mitad que aquí de metros cuadrados; serían 10 ó 15 hombres, que más o menos estaban buscando cada uno su salida. ¿Hasta qué punto esas asambleas dan cuenta de una clase, o de un grupo: de Rentería, Pasaia, Oiartzun y Lezo, que son los límites?

José Antonio Egido: Vamos a ir por partes. Sí necesito más profundidad analítica para explicar por qué englobar en la lucha de clases colectivos que no son directamente asalariados en los procesos productivos, económicos, etc. De todas maneras, creo que se confirma empíricamente una tesis que defiende el historiador inglés E. P. Thompson, según la cual una clase social no es un simple dato estadístico o un conjunto de datos empíricos. El número de peones de "Astilleros Luzuriaga" de Pasaia, o de la "Babcock & Wilcox", de por sí no significa que pertenezcan a la clase obrera, sino que es el producto de una dinámica colectiva que se forja en el conflicto. Ahí estamos ante la construcción de una clase social, en este caso de una clase obrera, que se definiría por su imbricación en un proceso colectivo

determinado por el conflicto. Apoya esta tesis Robert Castel, y yo, con mucha más modestia, también. Hay que constatar que la clase obrera tradicional se ha forjado no simplemente por los procesos económicos productivos, sino sobre todo por los de toma de conciencia y por los conflictuales que se derivan de ella. Por lo tanto, ha habido una clase obrera en el Gran Bilbao que se ha presentado *sólo* en los momentos de conflicto. En las huelgas mineras de 1890 se forja en el conflicto una clase obrera; las huelgas opuestas al proceso de reconversión industrial en Bilbao en el año 1979 o del 75 al 95 son otro momento culminante, tan marcante como 1890, en el que brota una clase obrera. Cuando disminuyera el conflicto, también disminuiría la realidad de esta clase, si nos atenemos a esa definición.

Pienso que, apoyándonos en la tesis del conflicto, vemos que surgen nuevos focos en que se reactiva la noción de identidad que da lugar a la pertenencia a una clase. Ni siquiera el propio Carlos Marx fue capaz de definir de una manera precisa y clara lo que significa pertenecer a una clase. Por lo tanto, nos toca a nosotros inventar; a mí, más que inventar me toca apoyar a aquél que dice algo que en mi opinión vale la pena. También, como dice Pierre Fougereyrollas, la ideología que domina hoy en los países capitalistas niega la realidad de la lucha de clases, o pretende atribirle un carácter de arcaísmo social. De hecho, los asalariados siguen en nuestros días estando tan excluidos de la iniciativa económica como lo estaban en tiempos de Marx y Engels. La lucha de clases prosigue, aunque adopta formas diferentes de las que tenía en 1848. Hay varios historiadores y sociólogos que se empeñan en demostrar que la lucha de clases no existe y, como dice Gilles Lipovetski, ha sido sustituida por el "ligue". Yo tenía un profesor que me obligó a leer eso. Fui a la universidad francesa y pregunté a mis queridos profesores: "¿Conocen ustedes a Lipovetski?" "¿Perdón? Ese señor, ¿quién es?" La Academia francesa, a quienes en vez de intentar interpretar la realidad se convierten en embellecedores ideológicos de esa realidad, lo que hace es demostrarles su más absoluto desprecio. Rolf Dahrendorf va un poco por ahí; Jean Fourastié también insiste en la utopía del aburguesamiento, de la desaparición de la clase burguesa; pero la realidad empírica nos demuestra que a pesar del pretendido estado del bienestar, etc., los procesos conflictuales son *etengabe* [*incesantes*], se reproducen continuamente; y creo que al margen de la voluntad de los sujetos más conscientes y más militantes, porque estamos ante una realidad que tiene sus reglas y sus leyes propias. Incluso la conflictividad de tipo criminoide que hoy se presenta en el barrio de San Francisco de Bilbao se podría contemplar como un tipo, el más primitivo, incluso el más salvaje, de la lucha de clases, en donde una gente dejada fuera de todas las formas de sociabilidad recurre al crimen, al delito o la mafia para reubicarse en el interior de la sociedad.

Gonzalo Dúo: Sobre tus últimas palabras, puesto que estamos ante Jornadas de Historia Local, quiero recordar al profesor [*José*] Garmendia, hace muchos años, con su hipótesis de trabajo en cuanto a la dificultad en Guipúzcoa, por ejemplo, de los trabajadores, en momentos de graves conflictos sociales, para implicarse en ellos; y cómo con cierta facilidad determinados partidos conservadores conseguían distraer el conflicto real, laboral, que vivían, y los trabajadores con facilidad se dejaban distraer. Casi diríamos que la Margen Izquierda, como puede ser el San Francisco que has citado, está constituida con esos grandes núcleos de 60.000 habitantes, como es Sestao, setenta mil, ciento y pico mil, como pueden ser los próximos, que están habitados desde hace más de un siglo por gente que no es del país y que por lo visto tiene más facilidad de estar implicada, porque el conflicto para ellos es, o ha sido, total. Parece que por las condiciones propias de la sociedad en el país les ha sido más difícil a los vascos implicarse en las situaciones de conflicto laboral, porque han podido distraerse de él por alguna razón.

José Antonio Egido: Hay una cosa en Francia que ha tenido mucha importancia: las grandes movilizaciones de los parados. Tuvieron su origen en el sitio en que estoy yo, Aix-en-Provence, donde se han cerrado unos astilleros, La Ciotat. El movimiento de parados tiene importancia en Francia por algo que lo diferencia del de aquí: su imbricación y su alianza con el mundo del trabajo. Es decir, el comité de empresa de los trabajadores de la construcción naval de La Ciotat se convierte en un comité de paro cuando se va al desempleo, y con la colaboración de la CGT [*Confédération générale du travail*] es capaz de crear una red en todo el país que agrupa a los trabajadores parados pero tiene una base en los trabajadores activos y los sindicatos. Si el movimiento de parados, que tampoco es un movimiento social, no ha tenido éxito aquí -ha existido ya desde los años 80- es porque hay una ruptura bastante radical entre el mundo del trabajo y el de los parados. Cuando uno pierde toda su red de sociabilidad se queda en la nada; no solamente no hay lucha de clases posible, es que no hay vida posible en la nada.

Gonzalo Dúo: Situación que quizá no es la que vive el que pierde el puesto de trabajo y es de Gernika o Eibar. Es algo impublicable en el país. Se trata de una situación completamente distinta. El nieto de un extremeño, por ejemplo, se queda sin trabajo en Sestao... y se queda sin trabajo en ninguna parte.

Mikel Aizpuru: Yo utilizaba antes las palabras con bastante intención. He dicho que estaba de acuerdo con la descripción que hacías. No he negado en ningún momento, ni José Antonio, que la conflictividad exista en esta sociedad, ni que haya formas de conflictividad que tengan más importancia que otras en ciertos momentos. Lo que he negado, o manifiesto mis dudas, es que todas esas formas de conflictividad se puedan resumir en el concepto de lucha de clases. La conflictividad existe, se manifiesta de formas muy diferentes; pero me resulta muy difícil explicar bajo el mismo concepto de lucha de clases lo que decías de San Francisco y los conflictos de determinadas empresas o de la Administración, porque hay razones y mecanismos diferentes.

Enriqueta Sesmero: Iñaki, ¿es que me siento mal registrada como cantante [*en el padrón de habitantes de Bilbao*], o no es una impresión que estamos dejando para el futuro unas fuentes que van por detrás de la realidad tan rápida que tenemos, tan cambiante en cuestiones laborales?

Iñaki Arrieta: Es lo que he comentado antes: que hay que apoyarlas en otro tipo de datos, bien en base a entrevistas, o a otras fuentes. Creo que el desfase sí se puede dar; y también, que puede que se utilicen términos únicos para calificar situaciones y actividades diferentes. Los censos pueden ofrecer mucho, pero siempre hay que ampliarlos con otras fuentes: entrevistarte, y preguntarte qué cantas.